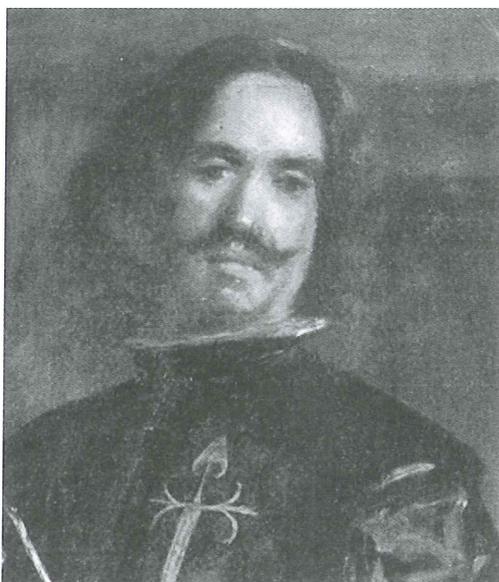


DIEGO VELÁZQUEZ, EN EL MADRID DE ORO

LUIS PRADOS DE LA PLAZA

Cuando en el año 1877 el Ayuntamiento de Madrid acordó darle el nombre de una calle al pintor Velázquez, la reseña de tal acuerdo municipal situaba el comienzo en «la prolongación de la calle de Alcalá» y su trazado llegaba hasta «el campo». En el siglo XIX las vías urbanas empezaron a rechazar «los auténticos nombres de calles» para rendir homenajes con nombres y apellidos, especialmente de políticos relevantes de su tiempo, aunque también de personajes históricos. Esta memoria de Diego Velázquez en Madrid, donde el pintor volcó su mejor actividad creativa durante casi medio siglo, era obligada en el momento de rotular con nombres de personajes destacados las avenidas y plazas. Su figura está considerada entre las principales de su tiempo, el siglo XVII, que asombró en todo el mundo.



*Autorretrato de Diego Velázquez
(Fragmento de Las Meninas).*

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez (Sevilla, 6 de junio de 1599; Madrid, 7 de agosto de 1660) ha sido un caso extraordinario que llevó su arte a la fama universal: «gozo de la luz»... Tanto en el Museo del Prado, como en la Casa de Velázquez y en la calle que lleva su nombre (hoy, desde Alcalá hasta la avenida del Doctor Arce, en los distritos de Salamanca y Chamartín, atravesando los barrios de Recoletos, de la Castellana y El Viso) están señalados los recuerdos de una figura imprescindible en la historia de la pintura. En un expediente, sin embargo, fechado en el mismo siglo XVII, que se conserva en el Archivo Histórico de la Villa, se cita una «calle de Velázquez esquina a Lavapiés», por el barrio de Embajadores... Y también en los alrededores de Palacio, el círculo principal de su vida y muerte. Enterrado en la desaparecida iglesia de San Juan Bautista, en lo que hoy es la plaza de Ramales, sobre la calle de Vergara, cerca de Santiago, también existió una vía con el nombre de Velázquez, y otras más que se sus-

tituyeron en el callejero, algunas, de los pueblos que se anexionaron a Madrid en la mitad del pasado siglo.

En la plaza de Oriente, que tantas reformas ha vivido en su formación y edificaciones (empezando por el entorno donde se alzaba el Real Alcázar que tanto frecuentó el pintor de Cámara de Felipe IV y, desde luego, todas las casas que en la actualidad se alinean enfrente del Palacio Real, levantado después del incendio de 1734), suelen pararse los turistas para recoger imágenes a distancia de la actual la fachada principal. A su espalda, hay fijadas tres placas que la «Memoria de Madrid» ha colocado sobre la pared de los edificios donde estuvo la Casa del Tesoro. Una de ellas recuerda que en ese mismo lugar murió el arquitecto y pintor de Felipe IV, Sebastián Herrera; otra, señala que Juan Bautista Sachetti era inquilino, más de cien años después, y allí murió en 1784; entre las dos, se enmarca la referencia del lugar en que estuvo el obrador de Velázquez, el espacio donde pintó *Las Meninas*, al mismo tiempo que le sirvió de vivienda durante los últimos ocho años (1652-1660). Desde aquellas paredes, a doscientos metros del viejo Alcázar, contemplaba la piedra cercana, su silueta inconfundible recortada por la claridad celeste. En el horizonte, los ojos de Diego Velázquez se acostumbraron a recoger los destellos que iluminaban su mirada hasta dejarlos prendidos en su paleta. Al amanecer, pintaba en el interior de la Casa del Tesoro, bajo el aire y la luz artificial que se perdía en los techos altos. Lo primero, crear y, luego, recrearse a la vuelta de unas jornadas que cada vez se iban llenando de nuevos compromisos, hasta que el sol ya se ocultaba bajo la raya encendida de los Carabancheles.

Las obligaciones de Velázquez como jefe del protocolo de la Corona y encargado municipal de las fiestas que adornaban la vida de Felipe IV, incluía el orden y la seguridad en el recinto de la Plaza Mayor. Tales actividades, que hasta hace poco se han tenido por desconocidas (*Velázquez, un logístico en la Corte de Felipe IV*», Javier Cordero y Ricardo J. Hernández, Artes Gráficas Municipal, 2000), le restaron tiempo para la contemplación de algunos atardeceres intensos de los veranos y otros más cortos de las primaveras, «esa azul campana pura del cielo», en los que parece que el sol se resistiera a dejarnos la oscuridad de las «buenas noches», ofreciendo, sí, una tarjeta de colores en el cielo de Madrid, suspendida en el aire o en busca de nubes inexistentes. En el silencio, no se olvidó Velázquez de plantarse en el centro de atención de su pintura, desde donde se admira la composición, las distancias, la técnica y los retratos perfectos de tan «delicada puesta en escena». En la unidad orgánica de *Las Meninas*, «los reyes son sólo una sombra reflejada en el espejo», como afirma Camón Aznar... De espalda a estos recuerdos que fueron creciendo a lo largo de más de tres siglos y medio, el Palacio Real, que guarda abundante creación velazqueña, sirve de evocaciones y contraluces todos los días, como si recortaran los espacios hasta la Sierra de Madrid.

LA CAPITAL

El reloj del tiempo avanzaba en busca del medio siglo desde que se manifestó la llegada del momento de oro para las letras españolas, casi en coincidencia con el estreno de la Corte en Madrid, eso que tantos cronistas han insistido en señalar como «un poblacho manchego», pero que en realidad traía prendido para su escudo el rango de capital universal. Se ha discutido bastante sobre los motivos que indujeron a Felipe II para trasladarse setenta kilómetros al norte de Toledo, donde la influencia arzobispal iba en aumento y la convivencia de dos grandes poderes en un mismo te-



Fiesta en la Plaza Mayor, celebrada en los años en que Diego Velázquez vino a instalarse en Madrid. Este cuadro de Juan de la Corte se encuentra en el Museo Municipal de Madrid.

rritorio podría dejarse sentir a la hora de tomar decisiones. El pensamiento de construir un gran monasterio que sirviera también de panteón real, y la idea de llevar su proyecto (después de meditarlo) hasta un lugar alto de Guadarrama, dejaba la Villa de Madrid a mitad de camino entre El Escorial y Toledo. La existencia de agua abundante, el resguardo de las montañas y el viejo Alcázar bien situado para la defensa sirven de posibles razones para añadirlas a la realidad del bosque real que rodeaba El Pardo y otros terrenos que se acogieron a la vera del Manzanares para incorporarlos a la Casa de Campo.

«Madrid —en observación de Fernando Chueca Goitia— tuvo una única coquete-ría: la del agua». Para abastecer el Real Alcázar, en tiempos de Felipe III, se ordenó traer aguas procedentes de Amaniel, aunque ya tenían bastante fama los manantiales de la ciudad. Y todos los investigadores o forasteros que se arrimaban o pasaban por Madrid dejaron testimonio de la presencia de aguas, hasta el punto de que el Concejo imitó el ejemplo de su rey para adornar Madrid de fuentes, «repartiéndolas por las plazas y lugares más públicos en beneficio de sus vecinos y gentes». La vida de la capital se disponía a crecer en caserío y población... De «impropia y mezquina» calificaría Ramón de Mesonero Romanos la construcción en estos tiempos. Existía un variado complejo de viviendas y corrales. Muchos caserones, sólo diferentes por su tamaño, se fueron incorporando a los terrenos y solares que se dividían para atender las demandas de asentamientos atraídos por la Corte.

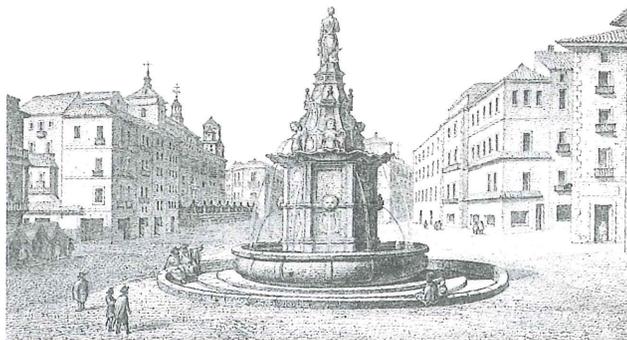
Así sería como, en un momento clave de la historia de España, se decidió el futuro de Madrid, población que habría de tener marcada influencia en la vida y milagros de los pinceles de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Había muerto Felipe II dos años antes de acabar el siglo XVI, y algunos meses más tarde nació en Sevilla el que estaba llamado a ser el más insigne artista del barroco español. Fueron aquellos años

los más iluminados por los resplandores de las artes: en 1600 nacía en Madrid Calderón de la Barca, en el momento en que otro madrileño, Quevedo, paseaba sus veinte años y se encontraba en las gradas de San Felipe con Tirso de Molina y Góngora, con Ruiz de Alarcón y Mateo Alemán, con un Lope de Vega «dueño de la gramática y la retórica», exultante de versos y teatros que compaginaba al galope con el amor: «criome ardiente salamandra el cielo»... Ya no estaban ni Teresa de Jesús, ni Alonso de Ercilla, ni Juan de la Cruz, ni Fernando de Herrera, que llenaron de culturas el siglo XVI. Pero sí se hacían presentes los grandes continuadores y quemaba los renglones finales de su vida Miguel de Cervantes, que se trajo desde su prisión de Sevilla las más deslumbrantes de las letras, media novela de caballería, para abrazar cada una de sus palabras entre tipos móviles de madera, imprenta artesanal pura de Juan de la Cuesta, situada en el camino de Atocha... Los cuatro siglos completos que ha cumplido hace poco la primera edición del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* testimonian la admiración del mundo, llenando de tesoros literarios las vitrinas de las bibliotecas.

Madrid se estiraba, desde el ala sur del Alcázar, por la Cuesta de la Vega y las Vistillas, uno tras otros conventos, el camino de Toledo hasta el final del Rastro, para seguir entre huertas y olivares hasta alcanzar el santuario de Nuestra Señora de Atocha. Vinieron a coincidir el nacimiento de Lope de Vega con la elevación de Madrid a capital. Sobre un número de tres mil se contaban los edificios, en un perímetro que se estiraba hasta la Red de San Luis, Antón Martín y lo que se conoció después por el cerrillo del Rastro. La ciudad, especialmente cortesana y conventual, distinguía este Madrid que hubo de interrumpir su proceso de formación urbana en varias ocasiones... Al otro lado del Real Alcázar resultaban menos superables los desniveles del terreno, aupados sobre los viajes de aguas. Florecían las torres de las iglesias, de la que San Ginés ya quedaba fuera de la vieja muralla, primitiva cerca árabe que fuera ampliada por tres veces a lo largo del siglo, siempre con escaso logro de poder ofrecer mayor seguridad defensiva, bien que sirviera en cambio para fiscalizar y regular todas las mercancías que entraban en Madrid. La presencia estable de la Corona acabaría dando cierta estabilidad al orden y crecimiento de la ciudad... Todavía, la montaña del Príncipe Pío, los pozos de la nieve y los terrenos destinados a los cuarteles del Conde-Duque se situaban muy a lo lejos. Hacia la muralla que miraba el oeste, una gran barrancada y jardines: huertas para los cultivos agrícolas, el Manzanares, los bosques... Y en dirección contraria, junto a la Puerta de Guadalajara y a la vera de San Miguel (donde su padre estaba establecido como bordador de oro), vino al mundo Lope de Vega.

LA SOCIEDAD

No era oro, precisamente, todo lo que relucía en aquellos trazados de escasa armonía: trajín de mercaderes y vagabundos desocupados distraían sus horas entre oficios de pícaros, la demostración más viva de los bajos índices de producción que marcaron las diferencias sociales y económicas. Por eso, en el Pregón General «para la buena gobernación de esta Corte» ya invitaba el rey Prudente a la plaga de vagabundos a «tomar oficio o salir de la Corte». Y al mismo tiempo que se prohibía «la blasfemia, el alboroto callejero, los duelos trágicos y el juego de naipes», entre otras malas costumbres, se multaba a «regatones» de carnes, pescados, frutas y hortalizas, así como a los que añadían agua al vino... El ambiente no se habría de corregir con estas medidas, sino al contrario: los documentos de entonces, y los muy posteriores, nos han transmitido los duelos, las riñas y las cuchilladas en las noches del Madrid de los Austrias.



*Así era la Puerta del Sol
en el siglo XVII*

El mismo Cervantes, como Lope y Quevedo, vivieron lances de espadas y se vieron envueltos en graves sucesos, ya fuera por causa de salvar el honor de una dama o huir de otros peligros que la sociedad cultivaba al aire libre.

Cuando vino al mundo Velázquez, Lope de Vega buscaba la frontera de sus cuarenta años: relevo de ingenios que se encontraron en la mitad de sus existencias. Transcurrido el tiempo, en aquel verano madrileño de 1635 (el año en que Richelieu fundó la Academia Francesa), entre la multitud que formaba el interminable cortejo fúnebre para el entierro del más luminoso de los poetas, estuvo presente el más apasionado cantor de los colores, también camino de sus cuarenta años... Es verdad que para el plano de Pedro Texeira faltaban todavía dos décadas, el calendario justo para que vinieran a coincidir los cuadros de Felipe IV y su familia con ese otro admirable retrato urbano de Madrid: Velázquez y Texeira, pinceles y tiralíneas al servicio de la Corte de España, ambos curiosamente de origen portugués, fueron destinados a una misma aventura de protagonismos sobresalientes y en reducido espacio donde las relaciones tuvieron que servir a diario para la vida de acontecimientos y exigencias de una época rodeada de esplendor en las artes, las letras y las ciencias.

Catorce parroquias (desde Santa María, «consagrada y mayor de la Villa» hasta San Gil) se dibujan en el plano de Texeira, así como dieciocho hospitales y numerosos conventos, ermitas, humilladeros, cárceles, murallas, alhóndigas, edificios notables y albergues... El mismo año en que Felipe III dictó una ordenanza por la que se permitieron construir las plazas de toros cerradas (Diego Velázquez era un adolescente que ya empezaba a coger los pinceles en Sevilla), la Villa de Madrid abordaba el problema del crecimiento incontrolado de la población, creando seis cuarteles para que en cada uno de ellos residiera un alcalde con seis alguaciles que vigilaran por las noches los barrios de su jurisdicción. Hasta entonces —y aún después—, las fiestas de toros tan atractivas para la clase noble se celebraban en campos abiertos o cercados por carros.

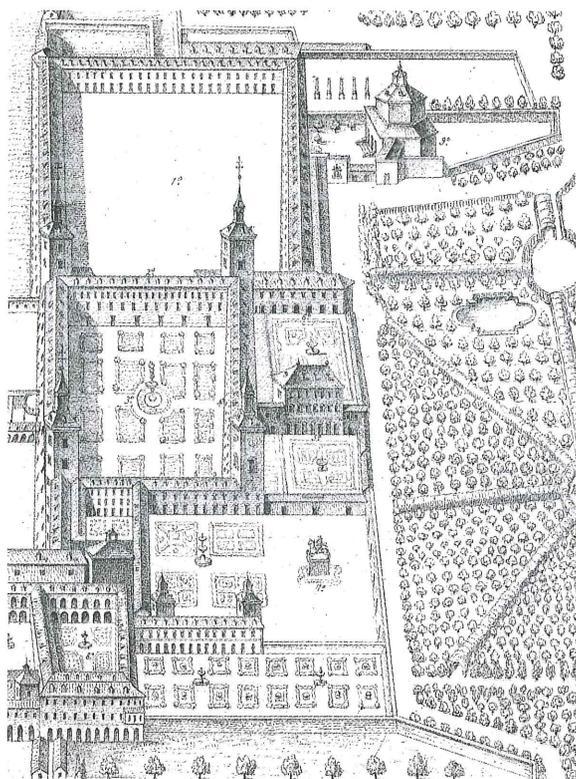
Al abrigo de la Puerta del Sol, el Hospital de la Corte, los conventos e iglesias del Buen Suceso, Nuestra Señora de la Victoria y San Felipe el Real (desaparecido el triángulo durante las desamortizaciones del siglo XIX) dejaban despejados los caminos por donde ya se sabía que estaba llamando el crecimiento de Madrid. Pero aquella ruta desde el Alcázar hasta Sol, con las paradas intermedias de Santiago (la iglesias antigua), San Ginés y la Plaza Mayor, conocieron los pasos de Velázquez, como el convento de la Encarnación

y la hilera completa entre las casas intermedias y la residencia real, que conocía de memoria y guardaba en secreto, incluidas las conexiones y las medidas de seguridad para que los monarcas no tuvieran que salir a la calle cuando asistían a los oficios religiosos de las monjas agustinas: sólo tenían que atravesar los pasillos o las puertas de unas galerías comunicadas de edificio en edificio y en línea semi-circular.

EL HOMBRE

Al empezar el reinado Felipe III, su primer deseo fue instaurar una política de paz que protegiera la economía, decaída después de la derrota de la Armada Invencible, sin duda, el disgusto más importante de la década anterior. Y fue, entonces, en una de las primeras demostraciones del poder que ejerció el duque de Lerma, cuando trasladó durante cinco años la Corte de España a Valladolid (1601-1606). Cuando acabó la experiencia, se dejaron sentir ciertos signos de retrasos en edificaciones, reformas urbanas, actividades artesanas, comercios y presencia de habitantes principales, todo lo cual no tendría influencia alguna para los destinos que le estaban reservados a Velázquez. Al fin y al cabo, Felipe III fue quien abordó ese gran legado urbano de los Austrias que es la Plaza Mayor de Madrid, escenario del que se podría asegurar (sin caer en la fabulación) que todavía, por allí, resuenan los pasos y la voz de Diego Velázquez, durante las funciones directivas de protocolos en lo que fueron contornos de la plaza del Arrabal. Justo en el año 1622, con el reinado de Felipe IV en la antesala de su largo recorrido por el siglo XVII, apareció el Arco de Triunfo, instalado para la canonización de San Isidro. Para entonces, ya estaba señalada la introducción de Diego Velázquez en la Corte de Madrid, de la mano de su suegro, Francisco Pacheco, luego de haberlo tenido una docena de años en su taller sevillano, rodeado de un ambiente humanista y cultural donde se vivían las mejores relaciones con los sectores de la nobleza.

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que iniciarse como pintor en Sevilla, cuando el siglo XVII se despertaba, no pasaba de la consideración de «trabajo manual denigrante», oficio al que se aplicaría Velázquez después superar un examen gremial así como la exigencia del pago de alcabala, atraído por unas cualidades y una obsesión desde su más tierna edad por alcanzar algún título nobiliario que le estaba vedado por su condición plebeya y que alcanzaría al final de su vida, cuando



Este plano del Buen Retiro es del año 1656

había ganado fama no sólo como pintor de la Corte, sino demostrada profesionalidad administrativa para ejercer como aposentador de Palacio, mayordomo mayor y director de la logística en ceremonias y festejos reales de la Plaza Mayor o de las instalaciones del Buen Retiro.

A los pocos años de su llegada a Madrid ya tenía su primer cargo oficial Diego Velázquez, que gozó siempre del favor de Gaspar de Guzmán, el conde-duque de Olivares. Tenía Velázquez un carácter reservado, aunque con cualidades para saber adaptarse a los trabajos diversos y en equipo. En el ambiente del Alcázar (donde se había criado, por cierto, Francisco de Quevedo, casi dos décadas mayor que el pintor) nadie podía salirse del control protector que ejercía el conde-duque... Eso explica que el genio de Quevedo, hijo del secretario de la reina Ana, esposa de Felipe II, acabara en la prisión leonesa de San Marcos, acusado de infidelidad, enemistad y murmuración, además de confidente de Francia, después de una peripecia novelesca en la que el autor de *«La vida del Buscón llamado don Pablos»* aparecía como responsable de un escrito contra el valido del rey. El entendimiento se tornó en odio, que desató la furia de Quevedo hacia Olivares, fallecido en 1645, el mismo año en que el escritor dejaba su existencia, tras su larga enfermedad, triste y desengañado.

No se conocen demasiados detalles de la vida pública y privada de Diego Velázquez, y sí se tiene por caballero no dado a escándalos, atento cumplidor de cada responsabilidad que iba adquiriendo, retraído, nada partidario de la bullanga madrileña de su tiempo, acaso por las obligaciones contraídas cuando se le abrieron las puertas del Alcázar, en plena juventud, y tuvo que renunciar a lo demás. En opinión de Ortega, eso supuso que se empobreciera el mundo de Velázquez y «le apartara de experiencias fecundas»... Tímido o no, orgulloso, con un fondo melancólico de serenidad y elegancia, los dos viajes a Italia del pintor (que no volvería por Sevilla, en cambio, desde que se afincara en Madrid) se han considerado como una manera de huir de la vida social que le imponía en todo momento el rigor del séquito real y los protocolos de la nobleza. Deseaba conocer otros seductores secretos de las bellas artes, asomarse a la vida fastuosa del barroco italiano y, tal vez, alguna aventura amorosa... Tiempos en que la inquisición de Roma obligó a Galileo («el álgebra es el sistema de la ciencia») a abjurar de su teoría sobre el sistema solar.

EL ARTISTA

Quiso el pintor de Cámara volver a Italia, en un intento de tercer viaje, pero ya no se lo permitió Felipe IV, que lo consideraba indispensable a su lado. Del artista se conoce casi todo, a través de los estudios, catálogos, tratados de especialistas que han analizado cada cuadro suyo. Llegó Velázquez, en el Madrid de oro, a relacionarse con una docena de corregidores de la Villa, a uno de los cuales, Juan de Castro Castilla, le había ordenado Felipe IV (1625) construir una cerca que rodeara Madrid. Muy poco después, cuando se estrenó la cárcel de la Corte en el palacio de Santa Cruz y la imprenta del Reino editaba la historia de «la muy antigua, noble y coronada Villa de Madrid» (Gerónimo de Quintana), ya estaba el artista haciendo sus particulares relaciones públicas, en medio de la nobleza, para abrir horizontes y entrar en la ciencia de la organización logística que durante su vida le habría de resultar más rentable que la pintura. Pero no dejaba la paleta y los pinceles. Por aquella y por esta vía se conduciría, definitivamente, hasta alcanzar la Orden de Santiago.

Algunos tratadistas han llegado a afirmar que «Velázquez pintaba en los ratos libres», y hasta se le atribuye al propio rey Felipe IV la afirmación de contar en los primeros tiempos con «un criado que pinta». La realidad es que Velázquez no dejó nunca de centrar su vitalidad en el arte, entregarse a la creación en la última etapa de su vida, depurar su técnica, alcanzar la perfección que admira el mundo, cumplir el encargo de comprar en Roma y Venecia obras de arte para traérselas a España, pintar allí por encargos, conocer a Ribera, *El Españolito*, y también sobre el terreno la obra de Tiziano y de otros artistas italianos anteriores o de su misma época. Empaparse del barroco más luminoso, mantener contactos directos o a través de cartas con Villacís, Zurbarán, Alonso Cano, Martínez Montañés, Murillo y otros amigos con los que intercambiaba admiraciones. Sin olvidar nunca el objetivo de un título nobiliario, que precisó de un expediente laborioso, de cuyo estudio se ha llegado a tener testimonios de su fama de hidalguía, sosiego, esa conciencia de dignidad que se trasluce en sus lienzos, declaraciones que coinciden en el reconocimiento de Velázquez como caballero «con mucho lucimiento y lustre». Renoir llegaría a decir que lo más admirable del pintor era su aristocracia... Fue su discreción, su sentido de la cortesía, su modestia, su laboriosidad y su prudente forma de actuar lo que le proporcionó continuidad ascendiente después de la caída del conde-duque de Olivares.

Atildado en el vestir, adornado de alhajas, orgulloso de su hábito de Santiago, Diego Velázquez murió en la Casa del Tesoro con la conciencia de su triunfo, de haber querido y logrado ser pintor de todas las épocas. Los médicos del rey, que se reunieron después de cruzar la plaza, certificaron su agonía: «terciana sincopal minuta sutil». En alguna pared, más o menos cercana, debieron de temblar los lienzos eternos de *Las Meninas*, el calor de *La fragua de Vulcano*, la paciencia de *Las Hilanderas* y *La rendición de Breda* entera, con las curvas de los hombros y las caderas de la *Venus del espejo*, hasta el mismo gesto del *Papa Inocencio X* y, desde luego, todos los *retratos de Felipe IV* a pie o a caballo. El rey protector le sobrevivió cinco años: llegó a darse cuenta del privilegio que supone vivir al lado del mejor artista del barroco. La historia lo ha confirmado con el legado del Museo del Prado y las demás pinacotecas universales.

Pacheco, su maestro sevillano y primer valedor, estuvo siempre orgulloso de tan deslumbrante alumno; su hija Juana, esposa del pintor, debió de estar permanentemente enamorada hasta el final: ocho días después del dolor de su entierro, en la iglesia de San Juan Bautista, Juana Pacheco se fue con él.